

RAYMOND WILLIAMS Ed.

**HISTORIA DE LA
COMUNICACION**

VOL. 2

DE LA IMPRENTA A NUESTROS DIAS



Traducción de Daniel Laks
Diseño de la portada: Helena de la Guardia

Título original: *Contact: Human Communication and its history*
© Thames and Hudson Ltd. 1981

De la edición en lengua española:
© Bosch Casa Editorial, S.A.
Comte d'Urgell, 51 bis - 08011 Barcelona

Primera edición: octubre 1992

ISBN: 84-7676-220-8
Depósito legal: B. 29.014-1992

Impresión y encuadernación:
Tesy, S.A.
Manso, 15-17 - 08015 Barcelona

Prohibida la reproducción total o parcial

Impreso en España

4

*Tecnologías de la
comunicación e
instituciones sociales*

RAYMOND WILLIAMS

Universidad de Cambridge

Cuando pensamos en las comunicaciones modernas, pensamos de inmediato en ciertas tecnologías. Una serie de inventos eficaces parece haber cambiado, permanentemente, la forma en que debemos pensar en la comunicación. Sin embargo, al mismo tiempo, las comunicaciones son siempre una forma de relación social, y los sistemas de comunicaciones deben considerarse siempre instituciones sociales. Es necesario, por consiguiente, pensar, tanto en términos generales como de forma precisa, en las verdaderas relaciones entre las tecnologías de la comunicación y las instituciones sociales.

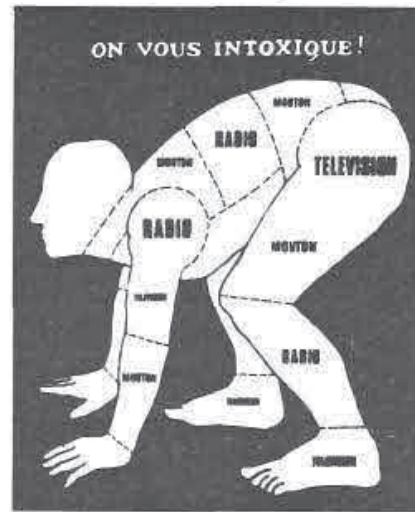
Considérese, en primer lugar, una forma común e influyente de pensar, al menos en apariencia, en estas relaciones. La gente dice: «La televisión ha alterado nuestro mundo», o «la radio alteró el mundo» o, para remontarnos aún más en el tiempo, «la imprenta alteró el mundo». Y, por lo general, sabemos, al menos inicialmente, qué significan estas afirmaciones. Sin duda, todos estos inventos han producido efectos sociales amplios y evidentes. Pero, al extender las afirmaciones en este sentido, hemos introducido –a veces sin saberlo– una categoría más: la de los «usos». El argumento puede, entonces, tomar distintas direcciones. Se puede decir que lo que ha alterado nuestro mundo no es la televisión, ni la radio, ni la imprenta como tales, sino los usos que se les da en cada sociedad. Contra esto, o parcialmente contra esto, se dice a menudo que, una vez que se ha realizado el invento, éste será utilizado, y que los efectos generales de su uso son al menos tan importantes, y pueden

ser, de hecho, mucho más fundamentales que las aplicaciones más locales y particulares.

Llegados a este punto, no existe una forma sencilla de resolver la discusión. Una de las razones principales es que los términos en que se formulan dichas proposiciones son inadecuados. Lo que se hace es reducir un complejo sistema de relaciones e interacciones a una interpretación en dos términos simples: «invención técnica» y «sociedad» («el mundo»). Empleando estos dos términos simples, podemos llegar a conclusiones tan antagónicas como que «los inventos técnicos cambian a la sociedad» o que «la sociedad determina los usos de los inventos técnicos». Pero, luego, el debate suele quedarse parado en esta etapa de afirmaciones aparentemente contrapuestas, o en la etapa siguiente, cuando se presentan evidencias empíricas e históricas en defensa de una u otra. Porque lo que los términos y las presunciones por lo general nos impiden ver es que los inventos técnicos se dan siempre *dentro* de las sociedades, y que las sociedades son siempre algo más que la suma de relaciones e instituciones de las cuales los inventos técnicos han sido excluidos mediante una definición falsamente especializada.

Estos hechos bastante obvios son oscurecidos aún más por la tendencia generalizada a emplear los términos «invento técnico» y «tecnología» como si fuesen equivalentes. Esto ocurre particularmente en el adjetivo, cuando la gente describe algunos elementos del desarrollo de un aparato —en la ingeniería, por ejemplo— como un problema o un avance tecnológicos. Pero la distinción entre técnicas y tecnologías es fundamental, sobre todo en el contexto de esta indagación general. Una técnica es una habilidad particular, o la aplicación de una habilidad. Un invento técnico es, por consiguiente, el desarrollo de dicha habilidad, o el desarrollo o invento de uno de sus ingenios. En contraste, una tecnología es, en primer lugar, el marco de conocimientos necesarios para el desarrollo de dichas habilidades y aplicaciones y, en segundo lugar, un marco de conocimientos y condiciones para la utilización y aplicación prácticas de una serie de ingenios.

Se pueden distinguir teóricamente ambas definiciones de tecnología, pero están sustancialmente ligadas entre sí. Se vinculan a niveles superpuestos: el marco de conocimientos, tanto teóricos como prácticos, de los que provienen las habilidades y los ingenios (in-



La impresión como acceso al poder del conocimiento, la radio y la televisión como venenos: dos visiones de la tecnología de la comunicación en un motivo impreso del siglo XIX y una crítica contemporánea a la corporación de radiodifusión francesa.

ventos técnicos), y el marco de conocimientos y condiciones a partir del cual se desarrollan, combinan y preparan para su uso. Lo que importa en cada nivel es que una tecnología siempre es, en el sentido más amplio del término, social. Está necesariamente ligada, de forma compleja y variable, a otras relaciones e instituciones sociales, si bien un invento técnico particular y aislado puede considerarse, e interpretarse temporalmente, como de carácter autónomo. Al entrar en cualquier investigación social general, descubrimos que siempre tenemos que relacionar los inventos técnicos a su tecnología, en el sentido más amplio y, además, que partimos de un tipo de estado o institución social –una *tecnología*– y vinculándolo a otros tipos de estados e instituciones sociales más que a una «sociedad» generalizada tan predefinida como para separarla o excluirla.

Dos tipos de fuentes en la comunicación

La tecnología general de las comunicaciones está llena de ejemplos fascinantes de estas relaciones reales. Sin embargo, antes de entenderlas adecuadamente, debemos tener en cuenta una distinción fundamental en las comunicaciones humanas en general. Las formas más tempranas de comunicación humana, como las formas de casi toda la comunicación animal, hacían un uso predominante, si no exclusivo, de fuentes físicas inherentes, desarrolladas y constituidas. El cuerpo humano, en el sentido más amplio, es el conjunto de

fuentes del que se desarrolló este tipo importante de comunicación. Esto es así tanto para la forma verbal (oral) como para la no verbal (expresión física y gestualidad). Sería confuso hablar de los sistemas que se desarrollaron a partir de estas fuerzas físicas inherentes como «tecnologías», y sin embargo nunca podríamos pasar por alto los sistemas importantes de conocimiento, habilidad y preparación, aplicados al desarrollo de estas fuentes inherentes –los grandes sistemas de retórica y de entrenamiento teatral son los más visibles, en tanto que son las formas más especializadas– junto con los otros sistemas, a los que podemos llamar imitación, costumbre o hábito.

Este punto adquiere gran importancia al destacar el cambio cualitativo fundamental en los sistemas de comunicación que sobrevino cuando el hombre empezó a utilizar y adaptar –y, en último término, a extender de forma extraordinaria– objetos y fuerzas exteriores como medios importantes de comunicación. Porque, aun si insistimos en este cambio cualitativo –el inicio de la verdadera *tecnología* de la comunicación–, tenemos que reconocer, desde luego, que esas formas primitivas, que dependían, en primer término, de fuentes físicas inmediatas o inherentes, siguen siendo hoy, en muchos tipos de relaciones sociales –la familia, la comunidad inmediata, los negocios cotidianos y los viajes– predominantes o centrales. Inclusive en otros tipos de relaciones sociales –sociedades y economías más grandes– se combinan con tecnologías específicas que las refuerzan. Mientras tanto, otros sistemas, con bases muy distintas, adquieren una importancia cada vez mayor. Estos desarrollos y sus problemas se trataron en términos más generales en el primer capítulo de este libro. Pero la diferencia entre sistemas basados en fuentes físicas inherentes y sistemas basados en el desarrollo y la aplicación de objetos y fuerzas exteriores al cuerpo humano es fundamental para comprender la compleja historia, incluida la historia social, de las tecnologías de la comunicación.

Podemos hacer ahora algunas distinciones preliminares entre los sistemas de comunicación más comunes, por su función. Así, algunos sistemas son de tipo *amplificador*: megafonía, telefonía, transmisión (por radio) de la voz humana; transmisión de voces, expresiones, gestos y acciones, como en la televisión. Otros son de *almacenamiento*: el registro, de forma más o menos permanente, de voces humanas, como en las grabaciones de sonido; o de expresiones, per-

cepciones, gestos y acciones, como en muchas pinturas y esculturas; o de ambos elementos, los sonidos y las imágenes, en vídeo y en película. Otros sistemas son *instrumentalmente* alternativos al uso o a la representación de fuentes físicas inherentes, aun cuando pretenden ser equivalentes, como en el registro y la transmisión de información e ideas en sistemas materiales localmente autónomos, llámense escritura, impresión o teletexto.

Éstas no son distinciones simples entre comunicaciones «antiguas» y «modernas». Algunos usos, por simples que sean, de cada uno de estos tipos, tuvieron lugar en etapas muy tempranas de la evolución cultural humana. Había, y aún hay, técnicas para transmitir la voz a largas distancias, y métodos para elegir lugares adecuados para amplificar voces y gestos. Existía una representación «duradera», una forma de «almacenar» acciones humanas como la caza, como en las pinturas rupestres. También hubo comunicaciones instrumentales muy tempranas, como la colocación de piedras señalizadoras o las marcas en los árboles, y la adaptación o invención de objetos físicos para transmitir sonido, como las conchas, tambores y cuernos. Todas estas técnicas e ingenios tempranos presuponen relaciones sociales, pero se empezaron a constituir en sistemas a partir del almacenamiento y, especialmente, de los tipos instrumentales. Por razones obvias, los que han sobrevivido lo han hecho gracias al almacenamiento y a los tipos instrumentales, y, sin embargo, muchas de las marcas y representaciones son muy difíciles de interpretar, en gran parte porque los elementos de su sistema inherente se han perdido. La posibilidad de interpretación está vinculada de forma muy precisa a la medida en que esos elementos se hicieron completamente sistemáticos, en lugar de ser procesos convencionales ligados directamente a relaciones sociales vivas y vividas.

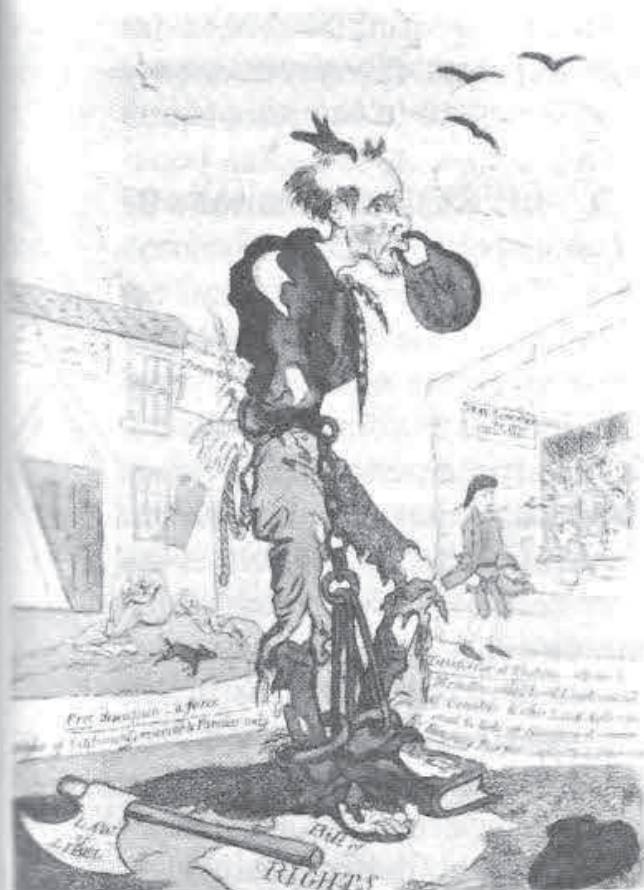
Pero ya en fechas muy tempranas encontramos, en algunos casos, algunas relaciones directas entre sistemas e instituciones, en contraste con las relaciones más generales entre técnicas e ingenios y el hecho de las relaciones sociales. Así, tenemos los ingenios nemotécnicos, indicadores o iniciadores de los calendarios, genealogías, planos topográficos y, primordialmente, modos y objetos de culto tempranos, tratados por el profesor Goody en relación con sociedades tribales y sociedades tribales avanzadas. No cabe duda de que éstos

son discretamente sistemáticos, en relación directa con la organización social. Pero existe luego una intensificación del sistema, un paso hacia su generalización, en el desarrollo de sistemas de escritura en los templos y, luego, en las áreas comerciales. Es significativo el hecho de que estos avances importantes en lo que ya se estaba convirtiendo en una tecnología de la comunicación sean, sobre todo, de tipo instrumental, y existen relaciones directas (como en algunas sociedades tribales, en el caso de los cultos) entre la creciente complejidad y eficacia del sistema y su especialización social: «Fue la complejidad de la escritura la que confinó su uso sistemático a un grupo bien preparado de “escribas”», cuya posición se basaba también en el hecho de que eran entrenados por los sacerdotes. Al mismo tiempo, los usos primarios del sistema estaban directamente relacionados con la misma forma de organización social: «Los registros se refieren básicamente a las propiedades y las cuentas de los templos». El desarrollo posterior de los sistemas de escritura estuvo directamente relacionado con el desarrollo de formas específicas de economía urbana: «No sólo fue una consecuencia, sino también una condición para ese desarrollo». Pero con la expansión de las áreas de comercio, nuevos sistemas de escritura, y sobre todo el alfabeto, llevaron las posibilidades de la comunicación instrumental más allá de los sistemas institucionales locales, extendiendo de inmediato su alcance y su contenido, y haciendo posible la dimensión social general, más que el arte especializado de la escritura.

Las técnicas y su realización

Sin embargo, existe una asimetría evidente entre las posibilidades sociales del nuevo sistema instrumental y las instituciones, que eran las únicas que podían hacerlas accesibles. Si bien la escritura ha trascendido a los escribas especializados y ha llegado a una clase educada más amplia, durante siglos estuvo en manos de una minoría en la que, en temas de leyes, propiedad, historia e ideas, era una importante fuerza organizativa. Así, ni por primera ni por última vez, un sistema de comunicaciones y su tecnología estaba en relaciones contradictorias con las instituciones que las empleaban y controlaban. En las comunicaciones humanas más tempranas, el uso de

los distintos sistemas a la vez que el acceso a los mismos, fuese de amplificación, almacenamiento o instrumentales, se había generalizado relativamente, ya que las relaciones entre los sistemas y las técnicas sociales inmediatas y los recursos eran necesariamente cercanas. La creciente complejidad de los sistemas, de hecho el paso de las técnicas a lo que podemos denominar tecnologías tempranas, hicieron que las nuevas relaciones fuesen, en el mejor de los casos, problemáticas. No bastaba con ser una persona en el lugar adecuado para garantizarse un acceso relativo a los sistemas centrales de comunicación del grupo. Cada vez más, en ciertas áreas importantes de la vida, había una red de programas institucionales, más noto-



Dos visiones de la lucha por la libertad de prensa. El escritor encadenado: una viñeta satírica en respuesta a la legislación restrictiva aprobada en Inglaterra en 1819.

La pluma mojada en sangre: un afiche para una exhibición de literatura samizdat soviética que circuló clandestinamente en fotocopias.

riamente en instituciones educativas selectivas, que determinaba la posibilidad de recursos y acceso a la comunicación, y esta organización del acceso diferenciado a los sistemas de comunicación más desarrollados correspondía a la organización social general, de la que también era parte integrante.

El creciente alcance y el contenido fuertemente extendido de las comunicaciones escritas sólo contribuyeron a profundizar esta estratificación. Porque durante mucho tiempo después de desarrollarse los sistemas de escritura, grandes áreas de la vida cultural seguían siendo orales. Pero, al mismo tiempo, el poder y la continuidad de los marcos de escritura legal, histórica, social y religiosa, crecían sostenidamente. Para cuando se inventó y se empezó a aplicar la imprenta, la asimetría entre las posibilidades abstractas y sus usos reales e institucionalizados era enorme. La escritura alfabética, las técnicas previas a la invención de la imprenta de reproducción y distribución de la escritura, y luego el propio libro impreso, contenían posibilidades abstractas (que, eventualmente, se podían poner en práctica en ciertas sociedades). En cada etapa del desarrollo de las técnicas y tecnologías concretas, estas posibilidades no sólo no eran empleadas enteramente, sino que, en muchos casos, eran deliberadamente obstaculizadas. Una historia simple de las tecnologías en desarrollo, consideradas aisladamente, podría indicar una generalización y un fortalecimiento sostenidos de la comunicación humana. Pero las tecnologías, como se ha visto anteriormente, nunca se pueden considerar de forma aislada. La técnica de la escritura es una cosa, pero la *tecnología* de la escritura implicó, no sólo el desarrollo de instrumentos y materiales de escritura, sino también el desarrollo de un cuerpo más amplio de conocimientos, y especialmente de la habilidad para leer, que, en la práctica, era inseparable de las formas más generales de organización social. Así, no debe sorprendernos que el profesor Martin señale que «el acceso a los libros contribuyó a la estructuración de un orden social jerárquizado». El uso eficaz de la nueva tecnología, al nivel de lectura, requería un «largo aprendizaje», que presupuso, durante varios siglos, una posición social relativamente privilegiada: un privilegio inicial que, como dice a continuación el profesor Martin, «produjo beneficios que pudieron invertirse para obtener mayores ventajas». Así, la relación entre una tecnología y sus instituciones más comunes se

convirtió en la base, en un principio, de diferenciaciones sociales específicas y, más tarde, inevitablemente, de conflictos sociales.

Entre la invención de la imprenta, en el siglo XV, y nuestros días, ha habido una serie larga y compleja de cambios y conflictos institucionales en los usos de esta tecnología poderosa y, con frecuencia, decisiva. A menudo, estos cambios y conflictos se han convertido en temas importantes en el desarrollo global de las sociedades. Así, la larga y aparentemente eterna batalla por la libertad para escribir, imprimir y distribuir nuestras propias ideas ha sido, en una sociedad tras otra, una cuestión clave en el desarrollo, tanto de la libre investigación intelectual como de la democracia política. Se han adoptado todo tipo de medidas contra ella, desde sistemas estatales de regulación y controles eclesiásticos del *imprimátur*, pasando por disposiciones legales en temas como la seguridad, la difamación y la obscenidad, hasta sistemas organizados de censura política. Se han alcanzado logros importantes en algunas estipulaciones constitucionales para la libertad de prensa, pero, en términos internacionales, la libertad de impresión sigue siendo sumamente desigual y, en muchas sociedades, ni siquiera existe. La amarga y confusa historia de la lucha por la libertad de impresión es, por supuesto, inseparable de la lucha por la libertad y la capacidad de leer. Sin embargo, estas relaciones no siempre son directas. Algunas de las luchas más duras contra los controles estatales y eclesiásticos se dieron cuando la mayoría de la gente era aún incapaz de leer. Por otra parte, en ciertas sociedades, el equilibrio eventualmente alcanzado entre la libertad de prensa y un público lector minoritario se vio seriamente alterado cuando los cambios técnicos y sociales empezaban a incrementar el número de lectores. Un buen ejemplo de ello es la crisis política de los periódicos ingleses a principios del siglo pasado. Tras sucesivos esfuerzos, sobre todo por obtener el derecho a informar acerca de los procedimientos del Parlamento, se estableció la libertad relativa de ciertos periódicos. Pero en la crisis política de la última década del siglo XVIII, una prensa completamente nueva, escrita para –y a menudo por– la nueva clase obrera urbana, creció junto con los periódicos más viejos, y se promulgó una legislación muy severa contra éstos. Como explicó Lord Ellenborough al gobierno, en tiempos de la Ley de Impuestos del Timbre de 1819, «esta ley no se promulgó contra la prensa respetable, sino

contra una prensa pobre». Esto ocurría en una época en que más de la mitad de la población era analfabeta. Situaciones y luchas similares se pueden encontrar, por ejemplo, en la Alemania de Bismarck y en la España de principios del siglo XIX.

Pero, por supuesto, la distribución de la letra impresa no estuvo limitada por la habilidad para leer. A principios del siglo XIX, tanto por las dificultades para leer como por el elevado coste de los libros y los periódicos, eran muy comunes los grupos, formales e informales, para la lectura (en voz alta) de textos. De hecho, la interacción entre las formas oral y escrita era muy compleja. El sermón en la iglesia, a menudo impreso posteriormente, conservó una importancia central. Su sucesor secular, la lectura pública, estaba justamente pasando por su desarrollo social más importante. Una gran cantidad de pensamiento social inglés del siglo XIX –de Coleridge a Carlyle y de Ruskin a Matthew Arnold y William Morris– fue transmitido, primero, a través de lecturas públicas y, más tarde, a través de los libros. En estas distintas formas crecía notablemente el verdadero público para lo que era, en efecto, una operación combinada de comunicación oral e impresa. Fue una situación bastante distinta a la del relativo predominio de la imprenta en el periodo comprendido entre 1890 y 1940.

En este último periodo, en las sociedades más avanzadas ya se habían establecido sistemas de educación alfabética casi universales. Esta relativa especialización de la educación para el alfabetismo tuvo, por supuesto, sus propios efectos. Desde el Renacimiento, aunque desde entonces para números más limitados, la cualidad determinante de la educación había sido el dominio de la lectura de textos impresos, por comparación, por ejemplo, con los elementos sustanciales de la preparación oral, como en los grandes sistemas medievales de retórica. El problema de las relaciones entre esta nueva habilidad central y las demás habilidades importantes de la vida adulta se hizo más agudo a medida que la educación se extendió a poblaciones enteras. Algunas de las consecuencias de estas relaciones particulares se siguen experimentando críticamente a finales del siglo XX. Hubo, por supuesto, mucha resistencia a la institución de la educación popular, sobre bases políticas antidemocráticas. Pero, confundido a veces con esto, hubo cuestiones generosas y poco generosas acerca de las relaciones entre la habilidad de la lectura y los

distintos tipos de trabajo adulto. Lo que eventualmente ganó el derecho a la lectura fue una combinación de tres consideraciones distintas: en primer lugar, y quizás especialmente en los países protestantes, el deseo de una instrucción y una mejora morales mediante la capacidad para leer la Biblia; en segundo lugar, la creciente necesidad, en la nueva economía industrial, de leer información e instrucciones impresas, y, por último, la necesidad política de acceder a los hechos y los argumentos en una democracia política en desarrollo (desde ambos lados: por las fuerzas populares, para las que la prensa era el motor de la libertad; por las fuerzas antipopulares, en esta etapa tardía, para las que los votantes debían estar adecuadamente instruidos). Hubo muchas complicaciones sociales. Algunos de los que sostenían que los pobres debían aprender a leer la Biblia, como medio de mejorar moralmente, olvidaron que no existe forma de enseñar a un hombre a leer la Biblia que no le permita, también, leer la prensa radical. La decepción consiguiente fue considerable. Otros sostuvieron que los pobres debían aprender a leer, en interés del progreso moral y la eficiencia laboral, pero que no había ninguna necesidad de enseñarles a escribir, más allá de la capacidad para poner una firma, puesto que era evidente que no tendrían nada que comunicar por su propia cuenta. De estos motivos y consideraciones surgió un alfabetismo general. Por ejemplo, el alfabetismo elemental en Inglaterra aumentó del 50 por ciento en 1820 al 90 por ciento en 1890, y esta tendencia es característica de otras sociedades de Europa Occidental en el mismo periodo.

Tipos de cultura popular

Pero se habían creado ahora nuevos problemas en las relaciones entre la tecnología y las instituciones. Durante largo tiempo, como afirma el profesor Martin, elementos de una temprana cultura oral —«baladas y “literatura de la calle”»— se habían incorporado a los textos impresos, y se habían desarrollado nuevas formas populares de impresión, como los almanaques. Este largo periodo marca la fase de una cultura popular establecida que es traducida a formas impresas. Los primeros periódicos populares llevan muchas de las marcas de esta herencia. Pero el establecimiento eventual de una prensa

popular comercial de amplia distribución inauguró una nueva fase en las relaciones entre las culturas oral e impresa. Esta fase es, por supuesto, inseparable de los cambios sociales generales y, en particular, del rápido desarrollo de las economías predominantemente urbanas e industriales. Los deportes organizados (sobre todo el fútbol y las carreras de caballos) y el entretenimiento comercial organizado (teatros populares y, eventualmente, el cine y la televisión) no constituyeron únicamente nuevas instituciones importantes en las sociedades industriales urbanas; se convirtieron en noticias importantes de la nueva prensa popular. Su combinación con los anteriores tipos de noticia –relatos de crímenes y escándalos notorios– produjo una forma cultural moderna que, por razones obvias, no define bien la palabra «periódico». Por contraste, gran parte de la nueva «prensa popular», si bien incluía parte de este material, se convirtió en una forma específica que ofrecía representar, a su nivel elegido, los intereses culturales generales de toda la sociedad. Estas formas alternativas de desarrollo, importantes en todas partes, son especialmente evidentes en la historia de la prensa de los Estados Unidos, que produjo las formas más influyentes de esta última forma. La transición de una «cultura folklórica» o «cultura popular» en el sentido antiguo, a una forma moderna de «cultura popular», derivada básicamente, ahora, de las instituciones centrales organizadas, es un ejemplo singular de la interacción entre una tecnología importante y las principales instituciones.

Es desde esta perspectiva que tenemos observar nuevamente las complejas relaciones entre las tecnologías de la comunicación y las instituciones sociales. Porque, por supuesto, esta nueva prensa popular fue posible sólo mediante desarrollos técnicos significativos: impresión a vapor, producción más barata de papel, el telégrafo para la acumulación de material informativo, los trenes para su rápida distribución. Los dos primeros fueron específicos del desarrollo de la prensa, y fueron, como inventos, específicamente concebidos; en ninguna de estas áreas hubo descubrimientos técnicos aleatorios, que luego cambiaran a un mundo más amplio. Por otra parte, su desarrollo estaba estrechamente ligado con los cambios más generales que estaban produciendo las condiciones en las que la nueva forma cultural y social era necesaria: cambios que no estaban en absoluto previstos. La impresión a vapor era una aplicación evidente del de-

sarrollo más general de la ingeniería a vapor para el bombeo, la manufactura textil y la locomoción. Los avances en la producción del papel fueron un desarrollo dentro del avance general de las industrias químicas. Los avances en la composición tipográfica y la reproducción gráfica, por otra parte, fueron más específicos. Los avances en los sistemas de señalización habían sido concebidos originalmente con propósitos militares, pero la coincidencia del telégrafo eléctrico con la nueva situación del periódico fue decisiva. Los ferrocarriles, por supuesto, fueron desarrollados originalmente para transportar gente y mercancías, pero, una vez construidos, transformaron las relaciones de la distribución de la prensa. Toda la interacción es excepcionalmente compleja, sin casos simples de causa y efecto.

Sin embargo, las consecuencias generales de la interrelación de estos cambios técnicos y sociales supusieron, en formas imprevistas, cambios importantes en el carácter de las instituciones culturales. Las cantidades de capital necesarias para aprovechar plenamente las nuevas oportunidades técnicas y sociales produjeron cambios profundos en el carácter social de la prensa. El ejemplo inglés es exagerado, pero no atípico. En la segunda mitad del siglo XIX, la propiedad y el control de la prensa pasó, en la mayor parte de los casos, de negocios pequeños y a menudo familiares a un nivel corporativo más concentrado, en el que series de periódicos y revistas eran propiedad de unos pocos individuos o grupos poderosos. Esta contradicción entre los potenciales democráticos de la tecnología y las condiciones económicas y sociales específicas que determinan su aplicación ha sido muy importante a lo largo del siglo XX.

Comunicaciones en el nuevo mercado

Además, dentro de este tipo de desarrollo de la prensa, iba a haber un desarrollo aún mayor de un sistema de comunicaciones importante y original. En muchos periódicos, la inclusión de pequeños avisos comerciales –lo que hoy llamamos avisos «clasificados»– había sido un factor significativo de beneficios y un elemento importante de los servicios del periódico. Dicha publicidad estaba por lo general ligada a pequeños negocios y a ciertos productos nuevos de importación. Los grandes cambios en la fabricación que tu-

vieron lugar en el siglo XIX tardaron mucho en reflejarse en los periódicos. De hecho, la nueva publicidad a gran escala buscó otras formas de alcanzar a su nuevo público urbano, de desfiles y vallas publicitarias a carteles volantes, ya que los periódicos, con su rígida composición de columnas, no estaban dispuestos a incluir la publicidad que los nuevos grandes fabricantes ya estaban exhibiendo de otras formas. Pero en los últimos años del siglo, con un gran cambio consiguiente tanto en la composición como en la economía de la prensa, las pancartas publicitarias finalmente penetraron en la prensa. La composición de la página, los tipos de fuentes y las artes gráficas se vieron afectados, y hubo un complejo desarrollo interrelacionado de la nueva publicidad y los estilos periodísticos (el titular y el lema; la página diseñada más que el montaje de columnas; la alteración de las relaciones y proporciones entre las imágenes y los textos). Poco a poco, a lo largo del siglo XX, las ganancias por publicidad se fueron convirtiendo en la principal fuente de beneficios. Aparecieron instituciones dedicadas exclusivamente a los estudios de mercado y de tirada. Las agencias de publicidad dejaron de ser despachos de billetes para convertirse en habilidosos creadores de material y de campañas enteras. Hacia mediados del siglo XX, la idoneidad de un periódico para una publicidad eficaz se convirtió en un criterio importante, y a veces dominante, para sobrevivir en su función original. Los criterios que para la circulación económica fuera viable cambiaron profundamente. Vender un millón de copias de un periódico popular no era, en la Inglaterra de los años cincuenta (donde la concentración de periódicos «nacionales» era extrema, para los estándares internacionales), suficiente, mientras que vender menos a un público cuyos hábitos de consumo eran de mayor interés para los publicistas, como los periódicos locales o los periódicos leídos principalmente por grupos de altos ingresos, resultaba más efectivo. Así, las interrelaciones específicas de una tecnología y sus condiciones económicas y sociales producen resultados en modo alguno determinados por la naturaleza de la tecnología como tal e, inclusive en algunos casos, como en éste, pueden contradecirla. La tecnología que había prometido extensión y diversidad produjo, en estas circunstancias, un tipo de extensión extraordinaria y específica (lo que vino a llamarse el público de «masas») y, en comparación con las etapas anteriores, una diversidad más bien reducida.

Sin embargo, mientras que ésta era la línea principal y dominante de desarrollo, siempre era posible mantener un cierto nivel de producción disidente y alternativa. La batalla por los grandes públicos había sido ganada por las técnicas de impresión más avanzadas en un contexto determinado por el capital centralizado, la propiedad y la distribución combinadas y una asociación planificada con la publicidad corporativa. Sin embargo, en el siglo XIX, como en el XVII, la cultura del panfleto y del periódico de oposición estaba aún en plena actividad. De hecho, sus medios técnicos eran cada vez mejores y más accesibles; sin embargo, en el plano de la distribución había sido aventajada y marginada. Esta situación persistió hasta la primera mitad de nuestro siglo, pero a partir de la década de los sesenta hubo cambios importantes. En las culturas con prensa más centralizada, como la británica, el periódico «de masas» empezó a encogerse y hubo un flujo de nueva vitalidad a dos niveles distintos: la prensa comercial local, y nuevos tipos de publicaciones comunitarias y alternativas. Mientras la prensa centralizada sufrió violentos conflictos internos, centrados significativamente en los problemas de adoptar un capital nuevo y más rápido, más que en la tecnología de impresión electrónica, esos otros sectores fueron capaces de hacer un uso rápido (sumamente rápido, en el caso de las publicaciones alternativas) de las nuevas técnicas de impresión y reproducción.

Éstos no dejan de ser cambios marginales en la situación general heredada, pero probablemente indican las líneas de un cambio más global. Nos recuerdan que, si bien puede haber periodos de estabilidad históricos con relaciones establecidas y aparentemente permanentes entre una tecnología desarrollada y ciertas condiciones sociales y relaciones de producción, también puede haber súbitos declives en los que un conjunto de disposiciones institucionales que explotan una tecnología de formas determinadas y establecidas entren en crisis: una crisis que al principio se puede considerar de forma aislada, como problemas *dentro* de dichas instituciones, pero que acaba revelándose como una compleja interacción de tecnologías innovadoras y factores económicos y sociales muy generales. En el caso de la imprenta, semejante periodo de estabilidad se dio no sólo en la historia de la prensa, sino también en la del libro. Desde finales del siglo XVIII hasta mediados del siglo XX, los avances en las

técnicas de impresión, en la producción de papel y en la tecnología de encuadernación hicieron posible una expansión y una diversidad cultural destacables en las áreas de la edición y la lectura. Pero a partir de la segunda mitad de este siglo, ciertos factores cruciales de coste en la tecnología tradicional empezaron a moverse en sentido contrario, produciendo cambios institucionales y culturales relativamente rápidos. Por una parte, hubo un movimiento agudo y persistente hacia la edición combinada, a diferencia de la serie de pequeños y medianos editores independientes de la etapa anterior: un movimiento que reprodujo, estructuralmente, lo que ocurrió a la prensa en la segunda mitad del siglo XIX. Al mismo tiempo, hubo una innovación decisiva del libro de bolsillo, al principio como reimpresiones baratas; más tarde, aunque aún de forma insuficiente, como títulos originales. Sólo en el plano tecnológico, el libro de bolsillo representa una importante reducción de los costes, pero, por supuesto, la tecnología no es el único factor a tener en cuenta. El factor determinante de la distribución, en lo referente a una nueva ecuación entre costes de producción y precios de venta, condujo, en diversas condiciones, a definiciones bastante originales acerca del volumen y la velocidad de venta de las ediciones. Estas definiciones, racionalizadas como la tecnología pero que eran, en realidad, una combinación de la tecnología con determinadas instituciones económicas, llevó las consideraciones de mercado a una etapa muy anterior en la planificación y la redacción de los libros. Al mismo tiempo, mientras que las instituciones de tamaño y la previsión cultural crecientes se hicieron con el dominio del mercado, hubo nuevas oportunidades, en las muchas áreas restantes, para nuevos tipos de editoriales pequeñas que empleaban nuevas tecnologías electrónicas de reproducción.

La interacción de las tecnologías

Es conveniente seguir las relaciones entre tecnologías e instituciones en un mismo medio, pero, por supuesto, la verdadera situación ha sido, durante casi un siglo, mucho más compleja e interactiva. Los cruciales avances modernos en las tecnologías del sonido y la imagen de largo alcance, descritos por el profesor Pool y el doctor

Jowett, han tenido diversos y profundos efectos institucionales. Así, es interesante, como señala el profesor Pool, que en contraste con los efectos institucionales centralistas y normalizadores de la prensa «popular» y la radio, el teléfono fue una tecnología que no sólo permitió, sino también alentó, las comunicaciones directas persona a persona. Casi lo mismo se puede decir de la fotografía privada, en familias dispersas y, ahora, a menudo separadas. Éstos son casos especialmente interesantes, en los que se pueden ver los problemas de causa y efecto en una secuencia extraordinariamente larga. Tanto el teléfono como la fotografía fueron conscientemente concebidos como inventos, si bien, como es natural, en semejantes casos las formas precisas no se prevén exactamente. Las condiciones económicas y sociales que hicieron deseables ambas tecnologías estaban, así, ya presentes, como un contexto general en formación.

En el caso del teléfono, las causas inmediatas son más evidentes: el incremento general del comercio, y la especialización social en distritos residenciales deseables y no deseables, dentro de las ciudades industriales en turbulenta expansión. Éstos fueron ya los efectos de otras tecnologías productivas y de sus relaciones sociales específicas. Pero luego, el teléfono, concebido para este uso comercial, contribuyó directamente a la aceleración de los modelos emergentes de asentamiento..., como en el ejemplo del profesor Pool del barrio comercial, el rascacielos y los servicios de cercanías. Más allá de su uso comercial se convirtió en una tecnología disponible para el contacto personal en las nuevas condiciones de dispersión de amigos y familiares.

Las causas inmediatas de la fotografía son más científicas y técnicas, si bien el creciente interés en las imágenes reproducibles –y especialmente en imágenes de personas– es en sí mismo, casi con seguridad, una respuesta a problemas bastante nuevos de percepción e identificación dentro de una sociedad caracterizada por una movilidad y unos cambios sin precedentes. A estos factores básicos se añadieron después los efectos de la vasta dispersión de las familias en las generaciones de la emigración, la colonización y la urbanización. Dentro de esta dispersión, la imagen personal reproducible a bajo coste adquirió una gran importancia cultural, al tiempo que se fortalecían los efectos culturales internos de la nueva psicología social de la imagen.

Pero después, el uso del teléfono y la fotografía privados, dentro de esta área social y económicamente determinada, dio lugar a nuevos tipos de contacto y de respuesta, más reforzadores. Basta imaginar una sociedad metropolitana moderna sin las tecnologías del teléfono y la fotografía para comprender que estas tecnologías, producidas y desarrolladas dentro de una tendencia social de gran dispersión y deshumanización, fueron aprovechadas, hasta cierto punto, para mitigar dichas condiciones, y sirvieron para hacer más y más variados contactos personales y sociales que los que fueron posibles en las comunidades más antiguas y pobladas.

Pero entonces, a un nivel muy distinto, las tecnologías predominantes de los sonidos y las imágenes de largo alcance se convirtieron, al mismo tiempo, aunque en formas muy distintas, en nuevos tipos de institución social y cultural. El caso del cine es especialmente interesante. Porque aquí ya había habido, dentro de las nuevas condiciones urbanas y metropolitanas, una extraordinaria expansión, bastante anterior a la tecnología cinematográfica, de nuevas instituciones de entretenimiento cotidiano. En el siglo XVI, el teatro, como proceso social, dejó de ser ocasional para convertirse en algo regular. La representación de obras en fechas fijas del año, por lo general como parte de un festival religioso, fue sustituida por un repertorio de producciones en nuevos tipos de teatro. En Inglaterra, por ejemplo, los primeros teatros comerciales fueron construidos a finales del siglo XVI, significativamente en las cercanías de Londres, para aprovechar un comercio residente, así como un comercio de paso. Su estructura física estaba basada en las representaciones de los patios de las fondas. Así, la transición de un teatro ocasional a un teatro regular estaba directamente asociado con una sociedad más móvil y comercial. En diferentes condiciones sociales, en la España del siglo XVI, los teatros municipales se habían extendido mucho más allá de la capital. El desarrollo posterior de este tipo de teatros modernos estaba estrechamente ligado al desarrollo de las ciudades modernas, primero metropolitanas, luego provincianas. El período más importante de expansión general tuvo lugar en las sociedades *industriales y urbanistas* del siglo XIX.

La llegada del cine se produjo dentro de esta fase estructurada. Al principio ocupó la periferia del mundo del espectáculo, como décadas atrás lo habían hecho el *music-hall* y los teatros que estaban

"The Cathedral of the Motion Picture"

WHAT
SHALL
WE SAY?

We cannot find adjectives and superlatives strong enough to describe the thousand and one wonders and innovations of The ROXY, truly the most sumptuous and stupendous theatre ever erected.

The ROXY will give you an unforgettable thrill. In all the world there is no theatre like it.



Under the personal direction of S. L. Rothafel (Roxy)

Roxy Circuit Inc. Herbert Lubin, President



facts

about the \$10,000,000 ROXY THEATRE

- Q World's largest theatre — seats over 6,300.
- Q Foyers and lobbies of incomparable size and splendor.
- Q Decorations of indescribable beauty.
- Q A new idea in stage and stagecraft.
- Q Acoustics — A revelation!
- Q Projection — Another revelation.
- Q Ventilation: The last word in scientific air-conditioning.
- Q Spacious elevators to the balcony.
- Q Lighting: a plant three times the capacity of any other theatre—sufficient to light and power a city of a quarter of a million.
- Q Luxurious and comfortable seats, arranged to provide unusually ample room between rows.
- Q Six box offices conveniently located for your service.
- Q Service: A staff of attendants thoroughly organized and drilled under the direction of a retired Colonel of the U. S. Marines, ensures every courtesy.
- Q Standards of entertainment never before attempted.
- Q Largest permanent symphony orchestra in existence.
- Q Colossal pipe organ—largest in any theatre in the world—played simultaneously by three organists on three separate consoles.
- Q Permanent choral group of 200 voices.
- Q Permanent ballet corps of 90 dancers.
- Q Cathedral chimes of 22 bells—first time in any theatre.
- Q and ... The VITAPHONE!!!

Opening with
GLORIA SWANSON'S
Greatest Dramatic Triumph
"The Love of Sunya"
Her First United Artists Production

ROXY THEATRE 50th ST. & 7th AVE.
Premier FRIDAY MARCH 11th at 8:30 P.M.

Continuidad y transformación en entretenimiento urbano: el cine Roxy es un teatro, y se le parece, pero la imagen con el nuevo vitáfono y el sonido son productos reproducidos de instituciones centralizadas (United Artists) con su sistema de estrellas de hacer dinero (Gloria Swanson).

«fuera de las ciudades». Pero el poder del cine, y en especial su capacidad de producir efectos que con un éxito más limitado se había intentado conseguir repetidas veces con la avanzada tecnología de los teatros escénicos, pronto trajo consigo un nuevo tipo de local: el teatro para películas, el *cinematógrafo*. Una ventaja técnica crucial –la distribución múltiple y rápida de una producción cinematográfica– lo puso casi de inmediato a la cabeza de los teatros escénicos. El mismo factor técnico hizo posible una centralización inédita de la producción y, en relación a los costes de estas producciones reproducibles, unas condiciones de monopolio relativo: no sólo dentro de las sociedades, sino también, debido al factor de la rápida distribución reproductiva, en el extranjero, como es el caso del monopolio de la producción americana.

Así, las instituciones dedicadas al entretenimiento cotidiano, durante largo tiempo asociadas con la ciudad y con la forma del teatro escénico, se extendieron de golpe, con cierta continuidad hasta una etapa muy posterior, con el predominio de la televisión –la distribución de películas fue a través de los *teatros*, y, en el proceso, se transformaron, a partir del factor de producción centralizada de reproducciones de visionado ilimitado. Las tendencias culturales hacia el monopolio desde un centro de moda, claramente visibles en los teatros escénicos europeos y americanos en los siglos XVIII y XIX, fueron fuertemente reforzadas por la nueva tecnología centralista y, luego, por las cualidades paraculturales específicas del proceso cultural norteamericano: la integración simultánea de gente inmigrante y de población estable. La conjunción de estas condiciones empujaron a las instituciones cinematográficas en cierta dirección (la del relativo monopolio) y eligieron, para entronizarlas, ciertas formas de uso artístico de la tecnología. Al mismo tiempo, en áreas relativamente subordinadas, protegidas o privilegiadas, se hicieron evidentes otros usos artísticos de la tecnología, si bien el problema de las relaciones de semejantes películas «minoritarias» con las instituciones predominantes fue persistente y, a menudo, insoluble.

En el mismo periodo, aunque siempre en una fase relativamente posterior, la tecnología de la radiodifusión empezó su propio y problemático desarrollo institucional. El profesor Pool muestra (capítulo 7) cuán estrechamente ligado estaba el desarrollo de la tecnología real a los usos comerciales y oficiales preexistentes. Y en este



La habilidad de la radio para emitir programas gratuitos fuera de las horas de entretenimiento público queda nitidamente reflejada en este anuncio de Radio Luxemburgo imitando la cartelera de un cine: «Sesión continua, entrada libre, de seis de la mañana a una de la madrugada».

caso no había una alternativa preparada, como en el caso de los *music-halls* y los teatros, que asumisen el protagonismo y se adaptase a la nueva tecnología. En lugar de ello, un nuevo conjunto de condiciones sociales hizo posible y, en cierto sentido, reclamó, nuevos tipos de relaciones de comunicación. Los teatros y los cines (como los estadios deportivos y las exposiciones culturales y comerciales) habían pertenecido a la fase de acumulación urbana y metropolitana. Su existencia depende de su capacidad para atraer, por reunión previa o por sistemas regulares de transporte, números importantes de personas a lugares públicos establecidos. En las ciudades había mucha gente, en muchos momentos del día y de la noche, incapaz, por diversas razones –horas de trabajo, responsabilidades familiares, escasez de dinero–, de asistir regularmente a los lugares de entretenimiento público regular. Más aún, fuera de las ciudades, y fuera de los suburbios, había mucha gente para la que oportunidades de este tipo eran, en el mejor de los casos, ocasionales, en el peor de los casos, inexistentes, y que, sin embargo, debido al decisivo desarrollo general de las culturas predominantemente urbanas e industriales, estaban entrando en armonía social, cultural y política con los centros dominantes. La tecnología de la radiodifusión, desarrollada inicialmente con distintos propósitos, fue adaptada a estas condiciones mediante el desarrollo, y dirigida a la inversión del receptor doméstico. Pronto la gama completa de relaciones de comunicación preexistentes –las antiguas instituciones, ahora total-

mente desarrolladas, de reunión pública, de los teatros y *music-halls* a las concentraciones y conferencias públicas, pero también las instituciones de la segunda fase de producción centralizada y rápida distribución física de la reproducción, como la prensa y el cine— se vieron enfrentadas al desafío de este nuevo conjunto de relaciones: el receptor doméstico en relación directa con un centro o unos centros de radiodifusión regular; la inclusión de varias funciones hasta entonces separadas —noticias, opinión, música y teatro— dentro de una misma tecnología, primero en la radio y, después, aún más poderosa y general, en la televisión.

Tipos de comunicación a gran escala

Es sumamente importante distinguir entre estas dos fases de las instituciones modernas de comunicación, por lo general oscurecidas por el concepto predominante y vago de «comunicaciones de masas». Existen diferencias sociales determinantes entre tres tipos de instituciones de comunicación: (i) la reunión pública, (ii) la distribución variable de productos centrales reproducidos, y (iii) la distribución directa de una gama de productos centralizada. Existe cierta controversia respecto de a cuál de estas fases se adapta mejor la metáfora de «masas». Se aplicó por primera vez a (i), reunión pública, cuando los «encuentros de masas» adquirirían nuevos tonos en una época de movilización democrática. Su segunda aplicación fue en el contexto de la producción centralizada («masa») reproductiva —especialmente en la cadena de montaje automotriz—, correspondiente a (ii). Pero esto propició, dentro de las particulares condiciones de mercado, consideraciones acerca del tamaño y la generalidad del público involucrado, con efectos del carácter centralmente determinado del producto y de la integración de funciones culturales de allí en adelante separadas, como en (iii). La reducción de todos estos factores, relaciones y fases históricas variables al concepto simple de «comunicación de masas» oscurece estas distinciones cruciales y reales. También alienta respuestas simples y universales a un conjunto de fenómenos muy complicados. Intenta asimilar un conjunto de tecnologías muy distintas, con funciones y potenciales inherentemente variables, a una «tecnología de comunicación de ma-

sas« generalizada que parece haber determinado, más que resuelto de forma específica, tanto los efectos institucionales como los efectos sociales, ambos variables y modificables.

La necesidad de conservar la verdadera distinción, y de resistir al concepto generalizador reductivo, es especialmente evidente en el caso de la radiodifusión. Es sabido que la naturaleza de las instituciones radiodifusoras cambió notablemente aun en sociedades que eligieron la forma finalmente predominante del receptor doméstico –al contrario de las sociedades como la Alemania nazi, que empleó la radio, principalmente, como forma de discurso callejero–. Se dieron diversas respuestas a las interrogantes planteadas por el carácter social de la nueva tecnología: sus relaciones con los canales oficiales de comunicación; sus problemas de financiación, que eran muy agudos. Los tipos más antiguos de institución, ya los de reunión pública, ya los de distribución de productos reproducidos, podían cobrar directamente por cada uso. En esa etapa, esto era impracticable en la radiodifusión (aunque desde entonces se ha hecho técnicamente posible en los sistemas televisivos). Las soluciones adoptadas no se siguieron, excepto a este nivel más general, del carácter de la tecnología, sino del de las instituciones políticas y económicas predominantes en las distintas sociedades. Así, podía haber financiación directa del Estado, con el correspondiente control estatal de la programación, como en los sistemas comunistas; regulación estatal indirecta, con control sobre la transmisión y la recepción, pero, dentro del grado de oblicuidad, con la posibilidad de una producción relativamente independiente aunque sumamente centralizada; o, como en el caso de los Estados Unidos, financiación mediante una compleja interacción entre los fabricantes de receptores domésticos y las compañías publicitarias. Cada fórmula de financiación tuvo inevitables efectos sobre el contenido de la producción, que, como muestra claramente la historia de los programas radiofónicos, sólo en términos generales estuvo determinada por la tecnología.

Lo que sorprende especialmente de la historia de la radiodifusión es que, a diferencia de las anteriores tecnologías de comunicación, fue accesible como principal sistema de distribución antes de que hubiera una definición sustancial de qué se debía distribuir. Llevó años hacer que la radiodifusión abandonara sus dos prácticas iniciales –*amplificación* de eventos sonoros que ya estaban ocurriendo,

en otras instituciones y formas; o, sencillamente, *relleno*, con material improvisado, para mantener el servicio y retener a la audiencia— hacia lo que se convirtió, con el tiempo, en una producción autónoma específica. En noticias, opinión y teatro, especialmente, la radio y la televisión empezaron a producir trabajos de muy alta calidad. En el área de la música, interactuando con la nueva tecnología de grabación de sonido en discos y, más adelante, en cintas, cambiaron radicalmente las relaciones de distribución y, más adelante, algunos elementos importantes de la producción de música. Pero, para entonces, la generalidad de sus sistemas era tal que la tecnología era, al menos potencialmente, un portador común.

Para comprender las oportunidades y los problemas de esta etapa, tenemos que considerar nuevamente ciertas distinciones fundamentales entre los sistemas de comunicación. Desde el inicio de la escritura hasta el siglo pasado, hubo ciertas relaciones inevitables entre los usos de las tecnologías y la adquisición (socialmente determinada o controlada) de las habilidades específicas pertinentes. Aun con la llegada de la cultura escrita general, hubo una continua relación directa entre una preparación específica y los usos de la imprenta. Lo que ocurrió, o parece haber ocurrido luego, fue un cambio radical de las relaciones entre sistemas de entrenamiento social y de acceso a los productos de las nuevas tecnologías. Las habilidades sociales más básicas, del tipo adquirido en un desarrollo y una relación más bien primarios, dieron acceso al cine, a la radiodifusión, a los programas de televisión, en lo que respecta a la de recepción, mientras que las habilidades de fácil aprendizaje dieron mayor acceso global, incluida cierta producción, a las fotografía y la telefonía.

Así, las nuevas tecnologías fueron, inherentemente, más generales y, en apariencia, menos sujetas a sistemas de entrenamiento. Gran parte de su popularidad se derivó, sin duda, de este hecho. El carácter paranacional de gran parte de la producción cinematográfica y el desarrollado carácter paranacional de cierta producción radiofónica permitieron que la gente cruzara ciertas fronteras y barreras, pero, por supuesto, en determinadas condiciones. Las instituciones de las nuevas tecnologías, en el proceso mismo de su desarrollo, especialmente de la producción autónoma, no sólo se convirtieron en sistemas de instrucción. En efecto, estas instituciones

enseñaron, de forma inmediata, tipos de discurso, puntos de vista, lemas, anuncios rimados y ritmos. En un plano menos inmediato, difundieron, mediante la práctica reiterada, ciertas convenciones de relación, de comportamiento, de perspectivas personales y sociales. Lo que había sido cierto sobre todos los sistemas de comunicación era ahora más generalizado por el hecho mismo de que los nuevos sistemas no requerían habilidades receptivas especializadas. Y luego el área adicional de determinación, en esta etapa, fue el relativo monopolio sin precedentes, para públicos de este tamaño, dentro y fuera de las sociedades nacionales. Los usos principales de las nuevas tecnologías empezaron a depender de concentraciones sin precedentes de capitales de comunicación, y se establecieron relaciones muy complejas y, a veces, contradictorias, entre estos sistemas nuevos y las redes más comunes (Estado, Iglesia, escuela, familia) de preparación social y cultural.

De todo ello no se puede hacer un balance simple. En cierta forma, variable según el carácter de las instituciones locales, los nuevos sistemas permitieron un mayor campo de elección cultural, y procesos eficaces, aunque aún limitados, de movilidad social. Es sorprendente el caso relativamente tardío de la radio a transistores portátil, que permitió sacar el aparato del hogar familiar. En otro sentido, en la etapa del monopolio relativo –local, nacional o internacional–, algunas, quizá muchas de estas nuevas posibilidades fueron mucho más determinadas de lo que creyeron los que las experimentaron por primera vez.

Una respuesta crucial a esta situación compleja fue el desarrollo de instituciones nuevas o adaptadas –de la censura y los estudios de mercado y la educación, pasando por los códigos y los comités de asesoramiento–, cuyo objeto era seguir, controlar o, inclusive, en ocasiones, comprender lo que estaba ocurriendo. Gran parte de su atención estuvo dirigida a los niños, que eran, únicamente, el caso más evidente de los muchos que ahora tenían alternativas, al menos aparentes, al sistema convencional de instrucción cultural y social. Porque muchos de los temas urgentes descubiertos en la práctica de la comunicación eran al menos formas de temas más profundos de cambio social y cultural en una dimensión mucho más amplia. Hasta el punto en que se es consciente de esto, se puede afirmar y definir de inmediato la utilidad del seguimiento y de las respuestas críticas.

Porque son respuestas necesarias a la comunicación como publicidad o sistemas de márketing centralizados. Sin embargo, no pueden sustraerse a su condición marginal mientras no se involucren en los verdaderos procesos y en las verdaderas tecnologías nuevas de cambio y movilidad sociales.

A partir de la década de los sesenta, y en lo que, técnicamente, es ahora un ritmo de rápido crecimiento, han empezado a cambiar ciertos factores de las tecnologías. Los altos costes de capital de las tecnologías de producción y de reproducción, resultado, en parte, de las directrices centralizadoras de los inversores, pero, también, de las etapas técnicas reales, han empezado a dar paso a un periodo en el que (en parte por el desarrollo de la siguiente etapa del mercado de producción de grandes capitales) *los propios medios de producción* (como el vídeo) *están siendo distribuidos*, o se están haciendo accesibles a instituciones más diversas, autónomas, voluntarias y autogestionarias. Los problemas de esta fase, que empiezan a surgir, son aún muy complejos. Como las cámaras fotográficas, algunos de los nuevos «medios de producción» son un estímulo para la utilización de facilidades de procesamiento relativamente centralizadas y aprovechables. Otros son una especie de descarga de nuevas máquinas domésticas como productos marginales de consumo. Ningún desarrollo de este tipo supone un cambio institucional significativo.

Sin embargo, con el suficiente esfuerzo, podría haber innovaciones institucionales radicales. Muchos de los detalles de éstas se tratan en el siguiente capítulo. Si se logra, el cambio trascendental iría más allá de las dos grandes etapas previas de las tecnologías y las instituciones de la comunicación. La etapa de sistemas instrumentales minoritarios (escritura e impresión) ha empalmado ya con sistemas mayoritarios, y, en algunos sectores, ha sido superada por los mismos (la imprenta en sociedades mayoritariamente letradas, el cine, la radio, la televisión) en los que la relación típica es entre unos cuantos productores y muchos consumidores: una repetición, en nuevas formas técnicas, de una importante división del trabajo: la reproducción, en la comunicación, de profundas divisiones sociales, y de una dominación y una subordinación sociales eficaces. En esta segunda etapa, la distribución limitada de productos especializados ha sido sobrepasada por la amplia distribución de productos masivos. Lo que se podría dar ahora es un cambio cualitativo a la distribución

amplia de *procesos*: el suministro de acceso equitativo a los medios y los recursos de la comunicación directamente determinada que sirviera a necesidades inmediatas individuales y sociales. La limitada movilidad de elección entre productos especializados y generales podría ampliarse sostenida y, en algunos casos, intensamente, a la movilidad total de una serie de procesos de comunicación que, en todos sus aspectos –amplificación y conexión, almacenamiento alternativo y extensivo– serían los medios y los recursos de una vida social cualitativamente distinta.

No ocurrirá sin un esfuerzo preciso ni un debate amplio y público: los medios ineludibles de su fin específico. Las instituciones de democracia directa y libertad personal necesitan aún ser exploradas a fondo. Pero estamos ahora en uno de esos momentos históricos en los que las relaciones entre las tecnologías de la comunicación y las instituciones sociales son materia, no sólo de estudio y análisis, sino también de una amplia gama de elecciones prácticas. No se trata, únicamente (aunque a menudo se lo presentará como tal), de instituir nuevas tecnologías. Las direcciones que debe tomar la inversión en investigación y en desarrollo son ahora, en este campo, decisiones sociales fundamentales. Es probable que se realice el esfuerzo por comprenderlas y tomar parte en ellas, en contra de la recepción perpleja de nuevos productos y procesos que «sencillamente ocurren», si la mayoría de nosotros comprende la escala de la transformación de la comunicación y, por consiguiente, de la sociedad, que ahora se está haciendo –aunque aún en formas sobre las que hay que decidir– técnica e institucionalmente posible.